

John Muir

*Primer verano
en la Sierra*



PRIMER VERANO EN LA SIERRA

JOHN MUIR

traducción de

VÍCTOR OLAYA

Primer verano en la Sierra.

John Muir

Titulo original: *My first summer in the Sierra*, de John Muir.

Publicado originalmente en junio de 1911 por The Riverside Press, Cambridge.

Traducción de Víctor Olaya.

Imagen de portada extraída de: American Sunday School Union (1827). *Natural History*. Philadelphia.

Copyright © John Muir, 1911

Copyright © de la traducción, Víctor Olaya, 2017

Por la falda del monte con un rebaño de ovejas

En el gran valle central de California solo hay dos estaciones: primavera y verano. La primavera comienza con la primera tormenta, normalmente en noviembre. En unos pocos meses, la maravillosa vegetación floral está en pleno esplendor, y para final de mayo está muerta, reseca y quebradiza, como si cada planta se hubiera secado en un horno.

Es entonces cuando los rebaños y manadas sedientos se conducen a los pastos altos, frescos y verdes de la Sierra. En esta época, yo tenía anhelo de montaña, pero el dinero era escaso y no veía la manera de garantizarme el pan. Mientras le daba vueltas a este asunto de procurarme el sustento, tan problemático para un errabundo, e intentaba creer que podría aprender a vivir como los animales salvajes, recogiendo aquí y allá semillas y bayas, deambulando y saltando en gozosa independencia de equipaje y dinero, el señor Delaney, un ganadero para el que había trabajado algunas semanas, me llamó y me ofreció ir con su pastor y su rebaño a las cabeceras de los ríos Merced y Tuolumne —lo cual era exactamente la región que tenía en mente—. Yo estaba dispuesto a aceptar cualquier trabajo que me llevara a las montañas, cuyos tesoros había probado el verano anterior en la región de Yosemite. El rebaño, me explicó, iría ascendiendo gradualmente a través de las distintas franjas de vegetación a medida que la nieve se derritiera, parándose durante algunas semanas en los mejores lugares por los que pasásemos. Pensé que aquellos serían buenos lugares de observación, desde los que podría hacer numerosas

excursiones en un radio de ocho o diez millas para aprender algo de las plantas, animales y rocas, por cuanto él me aseguró que tendría plena libertad para seguir con mis estudios. Estimé, sin embargo, que yo no era la persona adecuada para el puesto, y con confianza le expliqué mis limitaciones, confesándole que desconocía por completo la topografía de las montañas más altas, los ríos que habría que cruzar, así como los predadores que podrían atacar a las ovejas. En resumen, que entre los osos, coyotes, ríos, cañones y el chaparral espinoso, temía que la mitad de su rebaño se perdiera. Por fortuna, al señor Delaney esto le parecía irrelevante. Lo principal, dijo, era tener en el campamento a un hombre en quien pudiera confiar para ver que el pastor cumplía su cometido, y me aseguró que las dificultades que se me antojaban tan grandiosas desde la distancia desaparecerían según fuéramos avanzando. Me animó más aún, diciéndome que el pastor se encargaría de todo el trabajo, que yo podría estudiar las plantas y las rocas y el paisaje tanto como quisiera, y que él mismo nos acompañaría hasta el primer campamento y vendría en ocasiones a los de más altura, para reponer las provisiones y ver si todo iba bien. En consecuencia, decidí ir, aunque al ver a las ovejas atontadas pasando de una en una por la estrecha puerta del corral para que las contasen, seguía temiendo que de las dos mil cincuenta que allí había, muchas nunca regresarían.

Tuve suerte de conseguir un buen san bernardo como compañero. Su dueño, un cazador con quien tenía alguna relación, vino rápido a verme en cuanto supo que iba a pasar el verano en la Sierra, y me pidió llevarme a su perro favorito, Carlo, pues temía que, si se quedaba en las llanuras, el intenso calor pudiera matarlo.

—Creo que puedo confiar en que le tratarás bien —dijo—, y estoy seguro de que él te tratará bien a ti. Lo sabe todo

sobre los animales de la montaña, vigilará el campamento, ayudará a controlar las ovejas, y será fiel y capaz en todo momento.

Carlo sabía que hablábamos de él, miraba nuestras caras y escuchaba con tal atención que se hubiera dicho que nos entendía. Llamándole por su nombre, le pregunté si quería ir conmigo. Me miró a la cara con unos ojos que expresaban una inteligencia maravillosa, luego se volvió hacia su amo y, después de que este le hubiera dado permiso agitando hacia mí su mano y dándole una caricia de despedida, me siguió en silencio como si comprendiera todo lo que habíamos dicho y me conociera desde siempre.

3 de junio de 1869. —Esta mañana se empaquetaron en dos caballos las provisiones, los cacharros, las mantas, las prensas para herborizar y el resto de cosas. El rebaño enfiló hacia las faldas pardas y allá salimos envueltos en una nube de polvo: el señor Delaney, alto y huesudo, con perfil de Don Quijote, guiando los caballos; Billy, el orgulloso pastor; un chino y un indio para ayudar a la marcha durante los primeros días en las faldas llenas de matorrales; y yo, con la libreta amarrada a mi cinturón.

El rancho desde el que partimos está en la orilla sur del río Tuolumne, cerca de French Bar, donde las faldas de pizarras moteadas de oro se sumergen bajo los depósitos estratificados del valle central. No habíamos recorrido ni una milla cuando algunos de los viejos líderes del rebaño empezaron, con su manera entusiasta de correr, a dar señales de que ya estaban pensando en los pastos altos que habían disfrutado el verano anterior. Pronto el rebaño al completo se llenó de emoción y esperanza: las madres llamaban a sus

corderos y los corderos respondían en tonos maravillosamente humanos, interrumpiendo de cuando en cuando sus llamadas trémulas para dar con prisa un bocado a las hierbas marchitas. Entre este aparente babel de balidos, cada madre y su pequeño se reconocían el uno al otro mientras desfilaban sobre las colinas. En caso de que un pequeño cordero, medio dormido entre el polvo asfixiante, no contestara, la madre regresaba a través del rebaño hasta donde hubiera escuchado su réplica por última vez, y no se dejaba consolar hasta que lo encontraba, uno entre mil, aun pareciendo todos idénticos a nuestra vista y nuestros oídos.

El rebaño avanzaba del orden de una milla por hora, abierto en forma de triángulo irregular, aproximadamente de cien yardas de ancho en la base y ciento cincuenta de largo, con una punta revirada y siempre cambiante en la que se situaban los animales más fuertes, llamados «líderes». Los más activos de entre ellos andaban dispersos a lo largo de los lados irregulares del «cuerpo principal» y exploraban con premura los recovecos en las rocas y entre los arbustos, a la búsqueda de hierba y hojas. Los corderos y las madres viejas que se rezagaban en la retaguardia constituían la llamada «cola» del rebaño.

Al mediodía, el calor era difícil de soportar; las pobres ovejas jadeaban lastimeras e intentaban pararse a la sombra de cada árbol por el que pasaban, mientras a través del resplandor mirábamos con anhelo hacia las montañas nevadas y los ríos, aun cuando ninguno de ellos estaba todavía a la vista. El paisaje no es más que una sucesión de colinas ondulantes a las que aquí y allá le dan aspereza los arbustos, los árboles y las protuberancias de pizarra. Los árboles, en su mayoría roble azul (*Quercus douglasii*), tienen treinta o cuarenta pies de alto, con hojas pálidas verdeazuladas y corteza blanca, y crecen dispersos en los suelos menos profundos o en las grietas de las rocas donde los fuegos her-

báceos no alcanzan. En muchos lugares, las pizarras se alzan abruptas a través de la hierba pajiza, en losas cubiertas de líquen que se dirían lápidas en un cementerio desierto. A excepción del roble y de cuatro o cinco especies de lirio y manzanita, la vegetación de las faldas es más o menos la misma que la de las llanuras. Vi esta región a comienzo de la primavera, cuando era un jardín encantador lleno de pájaros, abejas y flores. Ahora el tórrido calor lo agosta todo. El suelo está lleno de grietas, los lagartos se deslizan por las rocas, y las hormigas, en números desorbitantes, vibran con una energía inagotable mientras corren en largas hileras a luchar y recolectar comida, como minúsculos destellos de vida más brillantes que nunca bajo el calor. Es algo increíble que no se sequen tras unos pocos segundos bajo este sol ardiente. Algunas serpientes de cascabel se enroscan sobre sí mismas en lugares apartados, pero se las ve raramente. Las urracas y los cuervos, normalmente vocingleros, están ahora en silencio, mezclados entre ellos a la sombra de los mejores árboles, alicaídos y con los picos abiertos, faltos de aliento para hablar. Las codornices también intentan mantenerse a la sombra, cerca de los pocos manantiales tibios; los conejos de cola de algodón corren de sombra en sombra por entre los lirios y, en ocasiones, se ve a la liebre con sus largas orejas trotar grácilmente en los espacios abiertos.

Después de una pequeña pausa en un bosquecillo, el pobre rebaño, ahogado por el polvo, se puso de nuevo en marcha por las colinas de arbustos, pero la senda poco marcada que habíamos venido siguiendo desapareció cuando más la necesitábamos, obligándonos a detenernos y buscar alrededor para recuperar la orientación. El chino pensaba que estábamos perdidos, y hablaba en su torpe inglés acerca de la abundancia de «piqueños palitos» (el chaparral). El indio, por su parte, barría en silencio con la mirada las crestas y las gargantas en busca de algún paso.

Avanzando a través de la jungla espinosa, descubrimos una pista en dirección a Coulterville, la cual seguimos hasta una hora antes del atardecer, cuando alcanzamos un rancho seco donde acampamos para pasar la noche.

Acampar en las faldas de la montaña con un rebaño es fácil y sencillo, pero está lejos de ser agradable. A las ovejas se les permitía comer lo que encontraran en los alrededores hasta después del atardecer, vigiladas por el pastor, mientras el resto recogían leña, encendían un fuego, cocinaban, deshacían el equipaje y daban de comer a los caballos. Al anochecer, se las reunía en el claro más elevado cerca del campamento, donde se congregaban con gusto junto a las demás y, después de que cada madre hubiera encontrado a su cordero y lo hubiera amamantado, se tumbaban todas y no precisaban más atención hasta por la mañana.

La cena se anunció al grito de «¡El rancho!». Cada uno se sirvió su parte en un plato de metal, directamente desde las ollas y sartenes, mientras se charlaba sobre asuntos como el forraje para las ovejas, las minas, los coyotes, los osos, o las aventuras de los días memorables de la fiebre del oro. El indio se mantenía en un segundo plano sin decir ni una palabra, como si perteneciera a otra especie. La comida concluyó, se alimentó a los perros, los fumadores fumaron junto al fuego y, bajo la influencia conjunta del estomago lleno y el tabaco, la calma que se instaló en sus rostros parecía casi divina, algo así como el halo tenue y meditativo con que se retrata a los santos. Entonces, de pronto, como si despertaran de un sueño, cada uno de ellos tiró las cenizas de su pipa soltando un suspiro o un gruñido, bostezó, contempló el fuego unos instantes, dijo «bueno, creo que me retiro», y desapareció sin más bajo sus mantas. Las brasas parpadearon durante algunas horas más; las estrellas brillaban con más fuerza; los mapaches, coyotes y búhos quebraban el silencio acá y allá, mientras que los grillos y

las ranitas hacían una música continua y jovial, tan idónea y completa que parecía ser parte misma de la noche. Las únicas discordancias las ponían un roncador y las ovejas que tosían por el polvo en sus gargantas. A la luz de las estrellas, el rebaño parecía una gran manta gris.

4 de junio —El campamento se puso en pie con las primeras luces; café, beicon y judías para el desayuno, y después se hizo una rápida limpieza de los platos y se recogió el equipaje. Al amanecer, comenzó un balar general. Tan pronto como una madre se levantaba, su cordero venía a por su desayuno, y después de que se amamantara al millar de pequeños, el rebaño empezó a dispersarse y mordisquear. Los carneros impacientes, con apetito voraz, fueron los primeros en moverse, pero no se atrevieron a alejarse del cuerpo principal. Billy, el indio y el chino los mantuvieron enfilados a lo largo de la carretera, y les dejaban coger lo poco que encontraran en una franja de un cuarto de milla de ancho. Pero como varios rebaños habían pasado por allí antes que nosotros, apenas quedaba una sola hoja, ya fuera fresca o seca. Hubo que apresurar el rebaño hambriento sobre las colinas secas y desnudas, hacia los pastos verdes más cercanos, a unas veinte o treinta millas.

Don Quijote conducía los animales de carga, con un rifle sobre su hombro por si aparecían lobos u osos. El día ha sido tan caliente y polvoriento como el primero, sobre colinas de pendientes dulces y con la misma vegetación, salvo el pino real (*Pinus sabiniana*), de aspecto extraño, que aquí forma pequeños bosquetes o aparece disperso entre los robles azules. El tronco se bifurca a una altura de quince o veinte pies en dos o más brazos, inclinados o casi verticales, con muchas ramas desordenadas y unas acículas largas

y grises, sin apenas dar sombra. En general, parece más una palmera que un pino. Las piñas tienen seis o siete pulgadas, unas cinco de diámetro, son muy pesadas, y duran mucho una vez caen, de forma que al pie de los árboles el suelo está cubierto de ellas. Dan buena resina y hacen fuegos luminosos, los más hermosos que he visto nunca junto con los de espigas de maíz. Los piñones, dice nuestro Don Quijote, los recogen en gran cantidad los indios Maidu como alimento. Tienen más o menos el tamaño de avellanas. Es decir, que de una misma fruta se obtienen alimento y fuego dignos de los mismísimos dioses.

5 de junio. —Esta mañana, algunas horas antes de partir con la nube de ovejas, subimos a la primera terraza en las estribaciones de Pino Blanco. Los pinos reales me interesan mucho. Son tan etéreos y tan extrañamente parecidos a palmeras que estaba deseoso de dibujarlos y tenía una emoción febril. A pesar de ello, no logré dibujar nada. Conseguí, no obstante, hacer una parada lo suficientemente larga como para pintar un bosquejo tolerablemente correcto del pico Pino Blanco desde el lado sudoeste, donde hay un pequeño campo y viñedos regados por un río que hace una bella cascada en una garganta al lado de la carretera.

Al alcanzar lo alto de esta primera terraza, con el alborozo lógico a causa de la elevación y con la esperanza agitada por la perspectiva que desde allí tendríamos, se apareció frente a nosotros una vista magnífica de una sección del valle del Merced, en la parte que llaman Horseshoe Bend: una naturaleza gloriosa que parecía estar llamando con un millar de voces cantoras. En primer plano, las colinas, emplumadas de pinos y manchas de manzanita con espacios abiertos y soleados entre ellas. Al fondo, pliegues y más

pliegues de riscos y colinas bien torneados que se alzan en la distancia en masas montañosas, todos ellos tapizados de un chaparral espeso, en su mayoría de *Adenostoma*, tan uniforme y denso que parece de felpa, sin un solo árbol ni un espacio vacío. Hasta donde la vista alcanza, se extiende un mar abultado de verdor igual de continuo y regular que un brezal de Escocia. La escultura del paisaje es tan llamativa en sus líneas principales como en su exagerada riqueza de detalles; una congregación grandiosa de enormes alturas con el río centelleando entre ellas, y cada una tallada en un repliegue suave y elegante sin dejar expuesto ni un solo ángulo de roca, como si se hubiera pulido cuidadosamente el conjunto de canales y riscos creado a partir de las pizarras metamórficas. El paisaje al completo daba muestras de un cierto diseño, como las más nobles esculturas hechas por el hombre. ¡Qué maravilloso el poder de su belleza! Contemplándolo embelesado, lo habría dejado todo por él. Belleza más allá de lo imaginable en todas partes, por alto y por bajo, creada por y para siempre. Observé y observé y anhelé y admiré hasta que la polvareda de los caballos y las ovejas se perdió de vista, y tomé unas notas con prisa e hice un dibujo a pesar de no haber necesidad alguna de ello, por cuanto los colores y las líneas y la expresión de este paisaje están tan marcadas a fuego en mi mente y mi corazón que a buen seguro no se borrarán nunca.

La tarde de este día mágico es fresca, calmada, con el cielo despejado y llena de una luminosidad que nunca antes vi: masas brillantes con forma de nube se vislumbran bajo los árboles, más parecidas a las luciérnagas palpitantes de los prados de Wisconsin que a lo que llaman «fuego salvaje». Los pelos erizados de las colas de los caballos y los hilos de nuestras mantas dan muestra de lo cargado de electricidad que está el aire.

6 de junio. —Estamos ahora en lo que podría llamarse la segunda terraza de la cordillera, después de mucho subir y bajar por los cinturones de colinas ondulantes, por supuesto con los correspondientes cambios de vegetación. En los claros, se ven todavía las mismas plantas compuestas que en las zonas bajas, amén de lirios mariposa y otra clase de lirios, pero los robles azules típicos del piedemonte se han quedado abajo y su lugar lo ocupan los robles negros (*Quercus californica*), altos, con hojas caducas de lóbulos profundos, el tronco pintorescamente bifurcado y una copa amplia, compacta y bien formada. A una altura de unos dos mil quinientos pies, alcanzamos el borde del gran bosque de coníferas, compuesto en su mayoría por pino ponderosa y unos pocos pinos de azúcar. Estamos ya en las montañas y ellas están en nosotros, encendiendo nuestro entusiasmo, estimulando cada nervio, llenándonos cada poro y cada célula. Nuestro sagrario de carne y hueso parece transparente como el cristal a la belleza que nos circunda, como si de verdad fuera una parte inseparable de ella, vibrando bajo los rayos del sol con el aire y los árboles, los ríos y las rocas; una parte de la naturaleza que no es ni joven ni vieja, ni enferma ni sana, sino inmortal. Ahora mismo no soy capaz de imaginar ninguna condición corporal que dependa de la comida o la respiración más que del suelo o el cielo. Qué espléndida metamorfosis, tan completa y saludable, que no deja más que una leve memoria de los antiguos días de ataduras para que sirvan punto de vista desde el que mirar. Parece que uno hubiera estado siempre en esta nueva forma de vida.

A través de un prado que se abre en el bosque veo los picos nevados donde nace el Merced, por encima de Yosemite. Qué cerca parecen estar y qué nítidos sus perfiles sobre

el cielo, o más bien en el cielo, por cuanto parecen estar embebidos de él. ¡Qué invitación más poderosa la que extienden! ¿Debería permitírseme ir hasta ellos? Noche y día voy a rezar para poder hacerlo, aunque parece demasiado bueno para ser cierto. Alguien que lo merezca irá, capaz de llevar a cabo este trabajo divino, pero por ahora solamente puedo deambular cerca de estas montañas, monumentos al amor, satisfecho de ser un sirviente más, uno de tantos, en una naturaleza tan sagrada.

Encontré un lirio encantador (*Calochortus albus*) en un matorral de *Adenostoma* a la sombra, cerca de Coulterville, acompañado de un *Adiantum chilense*. Es blanco y con una pincelada muy leve de morado en la base de los pétalos, una planta impresionante, pura como un cristal de nieve, uno de los santos vegetales a los que todo el mundo debería amar y purificarse con ellos cada vez que los ve. Hace que el más rudo de los montañeros se comporte de buena manera. El mundo entero parecería rico incluso si no hubiera ninguna otra especie. No es fácil centrarse en seguir a la comitiva mientras plantas como esta predicán al borde del camino.

Por la tarde, atravesamos un prado bordeado de pinos, puntiagudos pinos ponderosa casi todos ellos, con algún noble pino de azúcar que extendía sus brazos plumosos sobre sus acompañantes, en un contraste evidente. Es un árbol glorioso, sus piñas miden de quince a veinte pulgadas, balanceándose como borlas en el extremo de las ramas, con una estética admirable. Vi algunas trozas de esta especie en el aserradero de Greeley. Son redondas y regulares como si estuvieran torneadas, a excepción de las de la base, con algunas protuberancias a modo de contrafuertes. El aroma de la resina almibarada es delicioso y perfuma el aserradero y el almacén de madera. ¡Y qué hermoso es el suelo bajo este pino, alfombrado con acículas y grandes pi-

ñas, y los montones de escamas y brácteas y cáscaras alrededor de donde las ardillas se han dado un festín! Sacan las semillas arrancando las brácteas desde la base, siguiendo su orden en espiral, y con las cien o doscientas que hay en una piña deben darse un buen banquete. La ardilla de Douglas sostiene las piñas del pino ponderosa y de otros árboles cabeza abajo en el suelo, sentada con la espalda contra un árbol, probablemente por seguridad. Es extraño, pero no parece mancharse de resina, ni siquiera las patas o los bigotes. Y qué coloridos son los conchales que hace con los restos de las piñas.

Nos acercamos ahora a la región de las nubes y los caudales frescos. Al mediodía, aparecieron sobre Yosemite unos cúmulos blancos y magníficos, cual fuentes flotantes refrescando el monte o montañas celestes en cuyas colinas perladadas y valles los ríos se alzan; son bendiciones de lluvia y sombras frescas. Ningún paisaje rocoso es más variado o parece estar más delicadamente modelado que este del cielo; cúpulas y picos que surgen y se alzan, blancos como el más fino de los mármoles y trazados con firmeza, en una impresionante manifestación de la arquitectura universal. Cualquiera nube de lluvia, no importa cuán ínfima, deja su marca no solo en los árboles y las flores a quienes acelera su pulso, o en los ríos y lagos a los que revitaliza, sino también en las rocas, donde deja tallada su firma ya sea que la veamos o no.

He estado examinando el curioso e influyente arbusto *Ade-nostoma fasciculata*, que advertí por primera vez cerca de Horseshoe Bend. Es muy abundante en las pendientes inferiores de la segunda terraza cerca de Coulterville, formando una espesura densa y casi impenetrable que se ve oscura desde la distancia. Pertenece a la familia de las rosas, tiene entre seis y ocho pies de alto, con hojas redondeadas en forma de agujas y una corteza rojiza que se deshace con la